

# NIÑOS Y ADOLESCENTES "AGRESIVOS"



## Tipos de agresividad

### a) Existe la agresividad de las "fases de obstinación"

(de los 2 a los 3 años, y de los 11 a los 12, aproximadamente), que es un fenómeno evolutivo normal; sin embargo, puede convertirse en un rasgo "crónico" de carácter, si se actúa desaceradamente por parte de los educadores. Las reacciones normales de obstinación en las mencionadas fases, pueden llegar a causar verdaderos accesos de cólera (los niños gritan, rabian, lloran, tienen espasmos respiratorios como consecuencia de la excitación, etc.); también puede haber alteraciones de la palabra (tartamudeo); alteraciones en el comportamiento sexual (masturbación frecuente); e incluso perturbaciones motóricas, en la escritura y ortografía.

Llamamos normal a esta agresividad porque forma parte del proceso de afirmación del "yo".

### b) Existe la agresividad más o menos anormal

Es aquella que deriva de causas personales más profundas (desde la constitución hereditaria hasta una educación muy represiva o desigual), que han producido un estado de conflicto interior con manifestaciones de rebeldía y de ataque a personas y cosas.

Son los chicos que se pelean frecuentemente; que hacen trampas en la escuela (en lo académico y en los juegos); que desafían a los compañeros e incluso a los educadores con sus actitudes y gestos; los que entran armando estrépito o en ac-

titud arisca y huraña en el despacho del profesor; etc.

Es preciso considerar que estos chicos no sólo están enfadados y airados, sino que son individuos amargados, heridos y perjudicados interiormente. En los casos de grave daño o perturbación de la personalidad, se requerirá un gran esfuerzo por parte de los educadores; no bastará el procurar que tengan sus necesidades básicas satisfechas, para que se produzca un cambio en su conducta; habrá que emplear a fondo técnicas específicas que exponemos a continuación.

## Normas básicas de actuación para solucionar el problema de la agresividad

### a) Desviar al muchacho de su actitud negativa

Hay que tener en cuenta que en casi todos los casos de agresividad, cualquiera que sea su causa, el muchacho ha tomado una actitud contraria a los deseos de los adultos; hay en él una hostilidad interior que le lleva a ser indócil, desconfiado, receloso para dejarse aconsejar y guiar, e incluso para dejarse enseñar.

No se logra nada enfrentándose violentamente o empleando la fuerza, la severidad, amenazas o castigos. En estos casos es posible que el muchacho ceda, pero caerá en una reacción de terca pasividad; o bien, se llegará a un enfrentamiento directo con el adulto, a una guerra de voluntades ("haces esto porque lo digo yo"); de todas formas, la

tendencia a la agresividad se imprime más profundamente en el carácter del muchacho.

Si, por el contrario, el educador es débil y trata de mostrarse excesivamente cariñoso y afable, o trata de comprar la obediencia del muchacho por medio de recompensas, la tendencia a la negatividad se transforma en una actitud tiránica por parte del niño. El niño agresivo, al que no se le ha puesto un límite, se reirá del educador y de la disciplina. Si el educador no se defiende por principio, el muchacho no se sentirá satisfecho por estas victorias fáciles, y se verá obligado a exagerar hasta el absurdo su indisciplina.

La verdadera pedagogía tenderá a desviar al muchacho de su actitud agresiva, sin ansiedad ni cólera, sin dureza ni blandura excesivas, sino con espíritu sereno y enérgico. Habrá que actuar con el muchacho de tal manera que, por una parte sufra las consecuencias de su indisciplina (exigirles que vuelvan a ejecutar bien algo que hicieron deliberadamente mal; que salgan de clase, etc.); pero esto deberá realizarse de tal modo que no parezca provocado por el mal humor del educador, ni que se sientan ellos objeto de antipatía personal, sino de gran comprensión por parte del adulto.

El buen educador no tiene una regla rígida de actuación, pues sabe que no hay dos situaciones iguales. Cuanto más energía y confianza en sí mismo tenga, cuanto más serenidad mantenga y menos implicado emocionalmente se vea, mejor decidirá lo que conviene hacer.

b) **Desarrollar una actitud positiva hacia la persona del muchacho agresivo**

Es muy difícil tener simpatía hacia un muchacho que resiste constantemente nuestros esfuerzos por ayudarlo y comunicarnos con él. Desarrollar una actitud positiva hacia estos muchachos, lleva consigo una buena dosis de autodisciplina y autocontrol del educador, para evitar toda clase de sarcasmo, exasperación, desprecio y queja respecto a los muchachos.

Sin embargo, tan pronto como el educador conoce más cosas acerca del muchacho (la clase de familia que tiene; cuáles son sus intereses, sus temores y secretas esperanzas; las situaciones difíciles a las que está tratando de adaptarse; etc.), entonces es capaz de desarrollar una actitud de mayor simpatía respecto a él. Se puede considerar como una regla fundamental: cuando un educador conoce los hechos esenciales de la vida de un niño, desarrolla invariablemente una actitud más simpática respecto a él. Puede considerarse como una responsabilidad profesional por parte del educador que tiene el cargo de ayudar a unos muchachos, el enterarse de las circunstancias que les han llevado a ser niños o adolescentes dañados o perjudicados interiormente, aun en el caso de que ellos se porten maliciosa y desafiantemente.

Ahora bien, la mayor parte de los muchachos tienen una fina intuición cómo siente el educador acerca de ellos. Si éste les simpatiza fundamentalmente y desea ayudarles, lo captarán y poco a poco responderán positivamente. Será posible, entonces, que acepten las limitaciones o castigos por parte del educador. Sobre todo, también será posible que se establezca un contacto personal; al principio, en forma de diálogo informal, llegando después a mantener entrevistas en las que el muchacho pueda expresar y airear sus sentimientos hostiles, sus odios

y aversiones, etc. Este tipo de perturbación, la actitud y comportamiento agresivos, necesita muy especialmente de un contacto personal capaz de descargar, identificar y clarificar sentimientos.

c) **Identificar las intenciones ocultas de la conducta del muchacho**

Es interesante que el educador se pregunte, no sólo por qué, cuándo y cómo actúan los muchachos agresivamente, sino también qué fines ocultos pretenden lograr con su conducta, qué significa para él el comportamiento rebelde o indisciplinado. Un chico, por ejemplo, atrae la atención de la clase poniéndose una careta ridícula o haciendo muecas en el aire cuando el profesor no le ve; no es difícil reconocer que su actitud interior es la de sentirse importante llamando la atención de sus compañeros. Muchos niños se sienten "obligados" a intentar continuamente la realización de actos irresponsables. Esto nos revela que en el fondo de toda agresividad hay una serie de necesidades insatisfechas o falsos mecanismos de compensación. Por parte del educador se requerirá una acción creadora y hábil, para desviar al muchacho de estas actitudes irresponsables, sustituyéndolas por actividades satisfactorias para él, pero constructivas y responsables. Por ejemplo, concederle un cargo o una responsabilidad en la clase o en la casa, etc.

d) **Darles una oportunidad de aplicar positivamente sus energías**

Los deportes son muy apropiados para hacer que se descarguen positivamente las tendencias agresivas.

Ciertas películas con escenas de agresión o narraciones con episodios violentos, aunque por una parte pueden fomentar la agresividad, pero en ciertos casos pueden contribuir también a que el niño se libere de su agresividad por identificación con los héroes o protagonistas. Lo mismo decimos de actividades de expresión dramática o gráfica (dibujo), musical, etc.

Por lo tanto, no basta poner límites a la agresividad, sino que hay que darle posibilidad de que la descargue de forma razonable, para no acrecentar la frustración continuamente.

e) **La táctica más importante**

de todas es la que lleva a eliminar o disminuir en lo posible, la causa que ha provocado la actitud agresiva.

Como acabamos de decir, siempre existe alguna necesidad insatisfecha o algún falso mecanismo de adaptación debajo de toda agresividad. Ante todo, hay que procurar eliminar la fuente de la frustración permanente; por ejemplo, la forma desigual de educación por parte de sus padres; o bien, ayudarlo en sus estudios de tal manera que pueda haber una esperanza mínima de éxito; etc. Otras veces, se tratará de adaptarle a tolerar de modo satisfactorio un hecho irremediable (la carencia de talento u otra cualidad personal; la falta de medios económicos; la falta de cariño familiar, cuando es irremediable; etc.).

Es decir, se trata de educar y desarrollar en él una tolerancia específica de la frustración.

## Agresividad y problemas de disciplina escolar

### a) La agresividad

se complica a veces en la vida escolar, por la necesidad de mantener un orden y atmósfera de aprendizaje serio en la clase. El profesor está obligado a mantener este orden frente al muchacho revoltoso o descarado.

En la disciplina hay tres aspectos distintos: primero, hay que establecer normas y reglamentos; segundo, hay que enseñar a los alumnos a responder a estas normas y actuar dentro de los límites impuestos por los reglamentos; tercero, hay que actuar frente a las violaciones de las reglas.

A menudo, nos limitamos a considerar este tercer aspecto, la transgresión de la ley, en el problema de la disciplina. Raramente estudiamos cómo establecer o enseñar a cumplir las normas. Nos olvidamos, por ejemplo, que los alumnos pueden intervenir de alguna manera en la elaboración de un reglamento (elaborar normas es una parte importante del aprendizaje de la disciplina).

### b) ¿Por qué los niños y adolescentes quebrantan las normas?

Hay varias razones:

- 1) Algunos porque no conocían con claridad las normas.
- 2) Otros porque no entendían que tales normas se aplicaban a ellos.
- 3) Otros porque no comprendían la necesidad de tales normas.
- 4) Finalmente, otros quebrantan deliberadamente las normas llevados de una agresividad interior.

Las tres primeras categorías no ofrecen especial dificultad. Una enseñanza o una advertencia puede ser suficiente en la mayo-

ría de los casos. Pero los que atacan la norma agresivamente, son los que necesitan una especial atención, comprensión y ayuda.

### c) Dos clases de ayuda frente a la indisciplina agresiva

#### 1) Hay que evitar la desorganización de la clase.

Cuando un alumno molesta a la clase, hay que ponerle un límite. Técnicas posibles: sacarle de clase; averiguar inmediatamente lo que le molesta y ver si se puede remediar al instante; mantener el resto de la clase ocupada en alguna tarea y hablar al revoltoso en privado durante algunos momentos; tener una breve discusión de grupo acerca de la situación de indisciplina; etc. Todos estos métodos requieren energía y eficacia por parte del educador.

A menudo no es posible saber cómo van a resultar estas técnicas de "primera ayuda". Pero, conociendo al muchacho, se puede prever cómo va a actuar en determinadas situaciones y planear de antemano una actuación eficaz.

#### 2) Medidas de recuperación a largo plazo.

El tratamiento de un muchacho agresivo no debe limitarse a esas medidas de emergencia. Si el educador tiene prestigio por su popularidad en la clase, es posible que aparentemente basten para mantener al niño relativamente tranquilo; pero, si no se trata la causa de la agresividad, ésta volverá a surgir tarde o temprano. Es necesario planear una recuperación a largo plazo. Ahora bien, para realizarlo hay que poner en práctica todas o casi todas las normas básicas de actuación que acabamos de indicar.

Tenemos que añadir la importancia de que todos los profesores se esfuercen por crear en sus clases una atmósfera libre de tensiones, para no agravar los conflictos de los agresivos e indisciplinados.

Es importante la colaboración de todos los profesores. A veces, se ha dado el caso de un alumno que ayudado por el educador ha realizado por fin un pequeño esfuerzo, que no ha sido apreciado, sino ridiculizado por otro profesor, destruyendo así los esfuerzos de la recuperación.

Otro tipo de acción constructiva puede ser el cambiar al muchacho de asiento, grupo o sección, o incluso de modificar su orientación escolar.

Al mismo tiempo que se aplican estos remedios de fondo, es necesario llevar a cabo una labor de instrucción, haciendo comprender al alumno la necesidad o conveniencia de ciertas reglas, las razones generales de la disciplina, o darle parte activa en la formulación del reglamento escolar.

Finalmente, queremos recordar que, aun cuando se den todos estos pasos según un plan de recuperación a largo plazo, surgirán ocasionalmente crisis y retrocesos. No puede esperarse nunca un progreso ininterrumpido. Pero, cada crisis puede servir al educador de ocasión para un análisis más profundo de las verdaderas causas o intenciones de la agresividad.